

Una lavadora en Saturno

DAVID FERNÁNDEZ SIFRES

Ilustraciones de Mercè Arànega





Una lavadora en Saturno

DAVID FERNÁNDEZ SIFRES

Una lavadora en Saturno

Ilustraciones de *Mercè Arànega*

edebé

© Texto: David Fernández Sifres, 2021

© Ilustraciones: Mercè Arànega, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2021

ISBN: 978-84-683-5357-9

Depósito legal: B. 7106-2021

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Claudia, Diego y Diana. Esta es la historia
que mamá y yo queríamos contaros.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos.....	19
Capítulo tres	29
Capítulo cuatro.....	37
Capítulo cinco.....	47
Capítulo seis	59
Capítulo siete.....	69
Capítulo ocho	81
Capítulo nueve	93
Capítulo diez.....	101
Capítulo once	113
Capítulo doce.....	121
Capítulo trece	133

Capítulo catorce.....	141
Capítulo quince	149
Capítulo dieciséis.....	153
Capítulo diecisiete	161
Capítulo dieciocho.....	171
Epílogo.....	175

Capítulo uno

El día que fuimos a Saturno habíamos comido brócoli, sin mayonesa. Vale que el brócoli sin mayonesa no nos gusta, pero esa no fue la razón para irnos a Saturno, claro. Por lo del brócoli, como mucho, nos habríamos encerrado en nuestro cuarto, pero irse a Saturno ya es otra cosa. Para ir a Saturno hace falta cumplir dos condiciones ineludibles: estar muy harto y tener un cohete.

«Ineludibles» es una palabra que me cuesta mucho pronunciar. Quiere decir

que hay que cumplir las dos condiciones. Es cierto que nosotros no las cumplíamos del todo, pero casi: solo estaba muy harta mi hermana y, en vez de cohete, teníamos una lavadora. Una lavadora no es el mejor cohete del mundo. Sin embargo, era lo que había, y mi hermana, que era la que estaba harta de verdad, lo tenía claro.

Mi hermana siempre lo tiene todo claro, que para algo es un año mayor que yo: sabe que le gustan más los espaguetis que los macarrones, que si chupas una pila te da calambre y que si mezclas mayonesa y kétchup te sale salsa rosa. Con siete años aún hay un montón de cosas que no tienes claras, y hay palabras largas que pronuncias mal y eso, pero con

ocho, como mi hermana, puedes decir «ineludibles» tres veces seguidas sin trabarte. O cuatro.

Yo con mi hermana me habría ido a cualquier sitio, que para algo somos hermanos, aunque Saturno me parecía un poco lejos.

—¿Y no podemos irnos a la playa? —Yo intentaba que entrara en razón.

—A la playa se va en bici, no en cohete. Un cohete es para irse muy lejos. Y yo quiero irme muy lejos. A Saturno.

—¿Y al pueblo?

—A Saturno. Además, no tienes que venir si no quieres.

Eso no era verdad. Los hermanos creo que nacemos con un contrato o algo así,

y tienes que ir con el otro a cualquier sitio: al cole, a comprar, de vacaciones... Se lo dije a Carolina y me miró con los ojos muy abiertos antes de contestarme.

—Eso es una bobada.

—Eso es verdad.

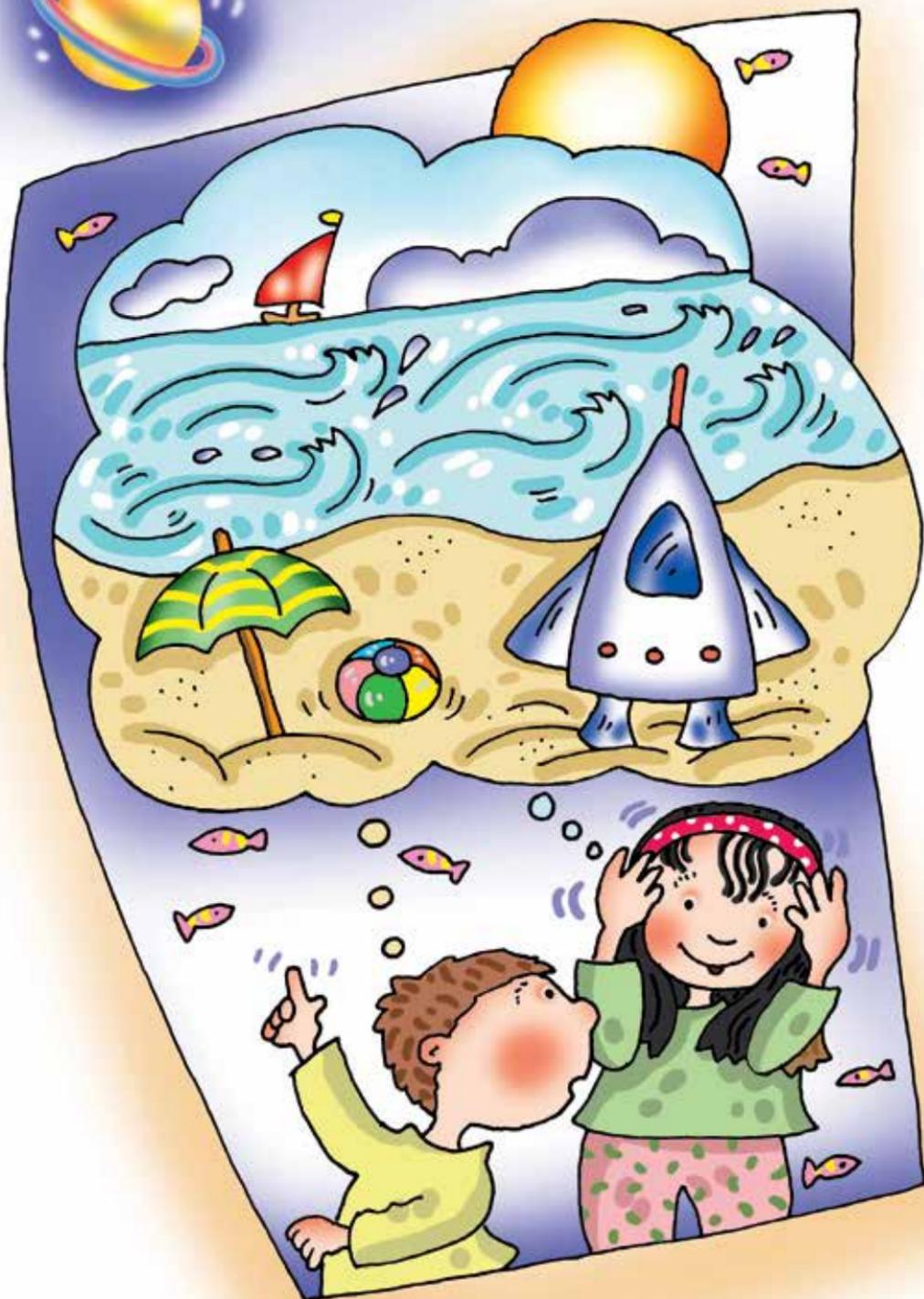
—Si fuera verdad, también tendríamos que ir juntos al váter.

—Eh... Es una excepción. Los contratos tienen excepciones —argumenté, sin estar muy convencido.

Por un momento me pareció que iba a decir algo que me iba a dejar sentado, pero pasó de mí y de lo que le estaba contando.

—Pues haz lo que te dé la gana, pero yo no estoy haciendo un cohete para irme a la playa.

En eso tenía razón. Los cohetes son



para ir al espacio exterior, y Carolina quería irse lo más lejos posible.

—Seguro que a Saturno no vienen a buscarme. —Se quedó pensativa—. Bueno, no vendrían a buscarme a ningún sitio, pero a Saturno, menos.

Los que no iban a ir a buscarla eran nuestros padres. No era solo por Lucas, pero también. Desde que había nacido Lucas, Carolina estaba segura de que papá y mamá la odiaban «pero mucho muchísimo, lo más posible». Así lo decía. Yo me daba cuenta de que siempre estaban pendientes de Lucas, pero de eso al odio... Aunque es verdad que a veces lo parecía: «Carolina, apaga la tele que despiertas a Lucas». «Carolina, cuando acabe Lucas, te doy la cena a ti». «Caro-

lina, ese zumo es para Lucas». «Carolina, no podemos ir al parque, que hace mucho frío para Lucas». Así todo el rato. Yo creo que todas las broncas se las lleva ella porque es la mayor, y los mayores están para eso.

El caso es que, un día, la lavadora se estropeó y papá le echó la culpa a Carolina porque había metido allí todos los pañales del bebé, y habían soltado un montón de celulosa. Así lo dijo papá: «Celulosa». No sé lo que significa, pero estropea lavadoras. Tuvieron que llamar a unos vecinos para sacar la lavadora al jardín, porque era de las grandes de verdad. La pusieron en un rincón y compraron otra. Y al día siguiente Carolina me dijo que se iba a Saturno y le pidió a mamá un destornillador.

Vale que la lavadora no tenía mucha pinta de cohete, pero cuando le quitamos el motor, y la cubeta, y todo lo de dentro, cabíamos los dos. Y no hacía falta meterse por la puerta redonda de la ropa: tenía una puerta grande por detrás.

Cada vez que teníamos un rato libre nos íbamos a hacer el cohete, y yo me lo pasaba bien, y estaba seguro de que no íbamos a ir a ningún sitio.

Sin embargo, Carolina lo tenía claro. Como lo de la cuenta atrás. Lo de la cuenta atrás se lo había preguntado a papá. No disimuló mucho, pero no hacía falta porque era imposible que nadie se diera cuenta de por qué lo queríamos saber.

—Papá, ¿qué hace falta para que despegue un cohete? —preguntó.

—Espera un momento, que no encuentro los pañales de Lucas.

—Es que ya llevo un rato esperando, papá.

—Hija, me vas a gastar el nombre. ¿Un rato? Yo ni siquiera tengo ratos. Espera un poco.

—¿Cuánto de poco?

—No sé. Cuenta hasta cien.

—¿Hasta cien?

—Mira, eso. Una cuenta atrás. Eso hace falta para que despegue un cohete.

—Pero...

—Carolina, como un cohete me estás poniendo a mí, hija, que no encuentro los pañales y no haces más que preguntar. No los habrás vuelto a meter en la lavadora, ¿verdad?

Mi hermana frunció el ceño, que quiere decir que apretó las cejas, y se dio la vuelta.
—Vale, lo tengo claro —farfulló.